

España e Italia: nuevas lenguas en ebullición

Eduardo Blasco Ferrer

1. España e Italia: dos realidades distintas y convergentes

Al viajero o al turista extranjero que recorre los actuales territorios de España e Italia lo que más le asombra y al mismo tiempo fascina es —entre otras cosas— el toparse con letreros ininteligibles o encontrarse con hablantes de códigos que no resultan señalados en las guías turísticas o en los diccionarios de bolsillo. Como ciudadano del mundo y como lingüista interesado en las huellas más recónditas y misteriosas del latín en la Romania, puedo asegurarles que este nuevo clima se me antoja muy apetitoso y productivo. También en calidad de estudioso —más por hobby que por profesión— de las culturas más intactas o ajenas al proceso de modernización y uniformación que acecha a las sociedades contemporáneas, el paisaje variopinto de España e Italia me agrada y atrae mucho más p. ej. que el panorama monótono y excesivamente homologado de la comunidad alemana.

Ahora bien, el interés que pruebo en cuanto lingüista o aprendiz de etnólogo (o antropólogo, como Vds. quieran) se convierte en discreta preocupación, en el momento en que empiezo a percibir, en las respectivas comunidades, sentimientos de descontento y malhumor, animadversiones y tenden-

cias de hostilidad, reivindicaciones de independencia total, o sea de guetización. Entiéndanme bien, no me preocupa la posibilidad contingente de que, si algún día decidiera escribir un manual de lingüística románica, las entidades que tendría que describir resultaran 16 (o incluso más) y no ya 9 o 10. Como ya he dicho, el lingüista, cuantas más lenguas haya, más goza. Lo que crea en mi intimidad de lingüista un cierto desasosiego es la constatación de que me faltan los instrumentos adecuados para acomodar las exigencias de grupos y comunidades al rigor científico que acompaña inexorablemente a nuestra ciencia. Pues como ya he dicho en repetidas ocasiones, el lingüista serio no es un redactor chapucero de artículos y libros baratos; su labor, si bien hecha, es comparable a la del ingeniero constructor de puentes o del cardiólogo quirúrgico, quienes para lograr que el puente no se desmorone al mínimo soplo de viento o que el operado de corazón no se quede frito apenas pone el pie en el suelo, deben actuar con la máxima preparación, seriedad y ética profesional.

Por tanto, para evitar el peligro de caer en la trampa y deber abandonar el rigor científico, el lingüista coherente se ve obligado a aplicar los instrumentos a su alcance y a no inventar o improvisar otros. Lo que equivale, en este momento, a abandonar el frágil terreno de la mera clasificación lingüística superficial, cuando ésta se declare insuficiente. En la presente relación evitaré pues tomas de posición extremas y declaraciones aventuradas y me ceñiré a una exposición neutral de lo que objetivamente puedo analizar en las situaciones actuales de los dos países. Como creo que la situación italiana es menos conocida al público presente, me detendré más en ella.

Ambos países tienen en común muchas cosas, pero también se diferencian en otras tantas. Para empezar con una

constatación general, tanto en Italia como en España el desarrollo de la sociedad moderna ha hecho patente una cualidad intrínseca de cualquier sociedad evolucionada: la elevada interdependencia entre las partes constituyentes de la comunidad. No cabe duda de que una diferencia notable entre nuestro tiempo y el de nuestros padres consiste en la posibilidad de establecer hoy relaciones y dependencias a larga distancia. La mayor movilidad en el trabajo y el desarrollo de los medios de transporte nos ha ayudado a vencer fronteras que a nuestros abuelos e incluso padres parecían lejanas. Asimismo este vasto movimiento pluridireccional ha desvelado la presencia, dentro de la misma comunidad histórica, de otras comunidades y de grupos dotados de caracterización propia. En resumen, el acontecimiento cultural más interesante de estas últimas décadas ha sido el descubrir que en un mundo que tiende a la máxima información y estandarización del individuo y de sus extereorizaciones personales, subsisten e incluso se refuerzan las distinciones e idiosincrasias. La profecía de Orson Wells, de una sociedad privada de alma y completamente nivelada, no se ha cumplido. Antes bien, toda comunidad moderna ha descubierto que en su interior existe una co-presencia de espíritus y culturas. El problema radica ahora en dar a estas presencias constantes el peso que se merecen.

La realidad de hoy, sea sencilla o compleja, es el espejo de antaño. La heterogeneidad de las comunidades española e italiana o la homogeneidad de la alemana reflejan puntualmente los avatares de la historia. Y por lo que a nuestro tema respecta, hay que añadir que pese a una similitud exterior falaz, las discordancias entre el camino trazado por España y por Italia son notables. Entre las dos penínsulas de la Romania quizá el único común denominador sea precisamente el nominativo de península. Pero no olvi-

demos que se trata de dos penínsulas bien distintas: la ibérica en posición excéntrica, alejada de todas las corrientes centrales mediterráneas o mitteleuropeas; la italiana, en cambio, en pleno centro de un haz de vectores que se mueven en todas direcciones, procediendo de Europa central, oriental y occidental, de África septentrional y del Medio Oriente. La conformación actual refleja, pues, de entrada la dialéctica milenaria de dos dominios harto diferenciados. La Italia que conocemos desde tiempos inmemoriales es un territorio atravesado por multitud de fuerzas centrípetas, que han creado un mosaico muy rico. Ya antes de la expansión del latín de Roma, la fragmentación de la península italiana es extrema: celtas, vénetos, ligures, oscos, umbros, etruscos, ilirios, sículos y sicanos, sardos etc. Nótese, además, que las fronteras entre un pueblo prerromano y otro han promovido diferencias salientes en la evolución del latín dentro de las respectivas zonas, cosa que no se puede decir en absoluto en el caso de la situación hispánica. Aquí, si se prescinde del enclave vasco y del supuesto —pero lejos de ser demostrado— influjo sobre el llamado vascorromance (la teoría de María Teresa Echenique), la distribución de las hablas prerromanas no se ha perpetuado en las actuales barreras dialectales. Pero claro, ello se debe también a un hecho que ha marcado profundamente la trayectoria histórica y lingüística de España. Me refiero a la Reconquista, con la cual se han borrado posibles huellas —ya balbucientes— de hábitos lingüísticos indígenas. Este mismo proceso histórico ha sido la causa de la homogeneidad dialectal que separa Italia de España. Aquí ha operado desde aproximadamente los siglos XIV-XV una fuerza centrípeta poderosa que ha pulverizado diferencias culturales y lingüísticas profundas. Allí, en la península italiana, nada de esto ha tenido lugar. Aún en 1861, el año de la Unidad, se contaba un 90% de analfabetos, entendién-

dose por ello el porcentaje de (neo) italianos que no sabían ni leer ni escribir el italiano. Pero hay aún más: mientras que en España en el mismo período de tiempo el castellano gozaba ya de buena salud, con una codificación y aceptación general consolidada en la norma culta, fijada en la gramática de la Real Academia y convalidada por siglos de experiencia oral y escrita, en Italia el significado del sintagma *lingua italiana* continuaba siendo borroso y poco asequible, incluso para quienes se dedicaban el arte de escribir.

La situación que existía por aquel entonces y existe en parte hoy es verdaderamente paradójica y peculiar de Italia. La tradición de los escritores toscanos y, a partir de los siglos XV-XVI no toscanos, había difundido un toscano no vernáculo en la escritura. Pero se trataba, como bien dijo Foscolo, de una lengua artificial, que servía solo para la documentación administrativa y en el campo literario: «*L'italiano è lingua letteraria: fu scritta sempre, e non mai parlata*» decía el célebre poeta el 1805 en su prólogo al Boccaccio. Pues bien, hoy en día las lenguas que exigen el rango de tales, como el sardo o el friulano, observan la condición opuesta: son lenguas que fueron siempre habladas, nunca escritas. Volveremos más tarde sobre esta diferencia que aleja enormemente Italia de España (al menos por lo que se refiere a las lenguas mayores ya reconocidas, galego y catalán).

Antes de bosquejar los mapas lingüísticos de ambos estados y discutir los problemas esenciales que se vinculan a la dicotomía lengua-dialecto en las respectivas comunidades, permítanme resumir brevemente algunas características que oponen nuevamente los procesos actuales de recuperación de nuevos códigos lingüísticos en España e Italia. A diferencia de Italia, en España los procesos de identificación de nuevas minorías lingüísticas y de concesión de autonomías (con todo lo que ello ha supuesto para la planificación lingüística) son:

(1) mucho más recientes (salvo el caso del catalán) que en Italia;

(2) mucho más rápidos y eficientes que en la otra península;

(3) mucho más políticamente permeados que en el país de Dante (aunque tampoco allí faltan ejemplos de sincretismo político-lingüístico, como en el caso del PSDaz, *Partito Sardo D'Azione*).

Una última constatación (4): en España las reivindicaciones más potentes han coincidido con las regiones más industrializadas y económicamente más estables y por tanto la fuerza de atracción del nuevo movimiento ha envuelto las clases media y alta. En Italia las comunidades que piden una autonomía lingüística completa son las laterales y las más pobres (piénsese en Cerdeña y en el Friúl), donde hay menor preocupación e interés por parte de intelectuales y acomodados. Los habitantes de las zonas industriales del Norte no muestran preocupación por sus dialectos, a veces muy distintos del italiano estándar (recuerden el caso del milanés, o del bergamasco y del ligur), ni tampoco lo hacen los romanos, a pesar de que el romanesco se difunda fácilmente a través de las películas (Alberto Sordi) y tenga una ilustre tradición literaria (Trilussa, las obras de Passolini, etc.).

2. Mapas lingüísticos y mapas clasificadores: el problema de los criterios

Intentemos bosquejar los actuales mapas lingüísticos de España e Italia y discutir cuáles son los criterios favorables o desfavorables a las actuales diversificaciones y a los pretendidos reajustes.

El mapa español les es muy conocido, por lo que no

lo comento en sus particulares (está sacado de la última obra del prof. Vidal Lamíquiz, *Lengua española*): como es ya tradición en la Filología Románica mundial, catalán y galego, los idiomas de las dos zonas más laterales, se nos presentan en cuanto diasistemas aparte (sobre este término volveré más adelante), mientras que en el resto del Estado español encontramos subsistemas que se pueden (¡atención, he dicho *pueden!*) reunir en un diasistema único, representado por la norma castellana o bien española estándar. No creo que existan dudas en lo que se refiere al vasco, cuya misma naturaleza anómala y excepcional justifica el rango de lengua. (De paso recuerdo que a España e Italia les une el hecho insólito de haber acogido lenguas no indoeuropeas de origen desconocido, como son el vasco y el etrusco). Añadan solamente al mapa el aranés, dialecto del gascón que se habla en el valle de Arán y que merece un puesto aparte.

El mapa italiano es mucho más variopinto y refleja, como he dicho antes, las consecuencias de una historia muy peculiar y de una colocación más apta para asimilar inmigraciones de todas partes (el mapa se encuentra en las págs. 193-5 del libro de Tulio De Mauro, *L'Italia delle Italie*, donde ya el título da cuenta de la complejidad cultural del estado hermano): dejemos de lado las colonias alóglotas, de antiguo o reciente origen, donde se hablan lenguas no románicas, como el alemán en la parte del Tirol (hoy una de las áreas de mayor ebullición política), el esloveno en la frontera yugoslava, albanés, griego (de origen discutido) y servio en el sur de Italia. Ignoremos también, por motivos prácticos, la presencia de minúsculas colonias románicas en Cerdeña (el catalán del Alguer) y en Italia meridional (provenzal y francoprovenzal) y concentrémonos en las identidades de mayor relieve demográfico, histórico y lingüístico: sardo en Cerdeña; friulano en el Friúl; ladino en

los valles dolomíticos, francoprovenzal en el valle de Aosta; provenzal en la zona fronteriza franco-piamontesa. Todo lo que queda son (o al menos lo han sido tradicionalmente) subsistemas del diasistema italiano.

Notemos sin embargo, antes de adentrarnos más en cuestiones metodológicas, algunas particularidades de la otra península que no se repiten en España. En primer lugar es fácil constatar que las dos últimas zonas se hallan doblemente penalizadas, pues quedan fuera de las respectivas áreas históricas de origen y no pueden apoyarse en ninguna codificación, de la cual carecen aquéllas. En segundo lugar sorprende al no lingüista encontrar en nuestra lista dos lenguas que hasta ahora venían siendo consideradas una sola: me refiero al ladino y al friulano que desde Ascoli y Gartner hacen parte del fantasmagórico y artificial retorrománico. En realidad las tres secciones de este diasistema a-histórico, el rético o romontsch de Suiza, el ladino y el friulano representan únicamente restos fragmentados de una vasta zona que ha resistido el empuje de las innovaciones que procedían a través de los dialectos de la llanura (hecho ya subrayado tiempo atrás por Carlo Battisti y hoy ampliamente ilustrado por los estudios de Giovan Battista Pellegrini). Este último caso es un ejemplo patente de cómo los lingüistas puedan crear artificiosamente lenguas inexistentes, persiguiendo en parte supuestos y finalidades políticas o de reconstrucción histórica.

Y este último ejemplo nos invita a reflexionar sobre el valor que los lingüistas debemos otorgar a las clasificaciones que descansan sobre criterios heterogéneos y arbitrarios. Los mapas que he presentado antes son ante todo lingüísticos, lo que quiere decir que amalgaman valores selectivos de índole histórico-lingüística. La situación cambia, si en vez de mapas lingüísticos queremos dibujar clasificaciones estrictamente cuantificadoras. Por un lado no será lícito inventar nuevas

lenguas basándonos en pocos elementos fonéticos y lexicales (el ejemplo del retorromance). Por otro lado, nos será imposible justificar el status de lengua que ciertos sistemas poseen, como sucede con el caso del italiano. A los italianistas les es conocido el hecho de que no hay representantes léxicos comunes a todos los subsistemas englobados en el italiano: tomemos como punto de referencia una lexía fundamental o particular, hallaremos siempre una desconcertante multiplicidad de soluciones (algunos ej. escogidos al azar: *frater-fratellum*; *caseum-formaticum*; *acus-acucula*; 'resfriado' se dice según las zonas: *raffredore*, *costipazione*, *infreddatura*, *catarro*, *raffreddatura*). Esta enorme riqueza léxica pertenece ahora, de acuerdo con una doctrina más liberal, al patrimonio lingüístico italiano y por consiguiente ha sido acogida en los últimos diccionarios (se trata pues de geosinónimos, pero adviértase que en ciertos casos las soluciones corresponden a étimos que diferencian nítidamente otras áreas lingüísticas). Tampoco, o diría aún menos, el recurso a la diversificación fonética permite una acertada clasificación. La conservación de C+L en ladino y friulano se encuentra también en zonas limítrofes e incluso lejanas. Por otra parte, ya Vladimir Skalička, uno de los pioneros de la moderna tipología, había avisado que la fonética es el sector que más rápidamente evoluciona en una lengua y que más resultados diversificados muestra, por lo que el lingüista clasificador debe prescindir de ella. Desde luego tenía razón. Si seguimos los rastros de la evolución de oclusiva+L o de Ě (sílabas abiertas) en italiano encontramos de todo, a veces en áreas de mínima dimensión. Se podría incluso aseverar que la fragmentación fonética está ligada íntimamente al tipo de cultura: allá donde existe desde hace siglos una cultura pastoral y donde cada comunidad se erige en grupo autónomo dotado de identidad propia, allá el dialectólogo encontrará soluciones muy estratificadas. En Cerdeña, en la

parte central y montañosa de la Barbagia, donde hasta hace poco subsistía un tipo de cultura y de economía precapitalistas y donde cada pueblecito era como una tribu independiente, se puede pasar de un pueblo a otro y descubrir fenómenos distintos. Un solo ejemplo que puede interesar a los dialectólogos asturianos: la base del esp. *hembra*, FEMINA, suena *fémina* 'mujer' en Tiana, como en todo el dominio meridional y no central de la isla, mientras que a 10 km. de distancia, en Ovodda, se oye ya *hémina*, con la aspiración santanderina y si se prosigue el camino, 10 km. más allá existe únicamente *émina*, con la pérdida de la aspiración.

El criterio más válido para establecer fronteras es el que han escogido los tipólogos y los generativistas, o sea la morfosintaxis, un sector que por ser más profundo en la articulación de la lengua, resiste tenazmente a los cambios y a los caprichos de la historia. Pero aún en este caso, Italia se revela un *enfant terrible*. La sintaxis de todo el Norte muestra una orientación y una tipología de naturaleza galorrománica (piénsese en la -S conservada, friulano *ce fas-tu?* "¿qué haces?", "¿cómo estás?"; en el pronombre personal obligatorio a veces doble, tónico+clítico: *mi a chanti* '(moi) je chante'; en la presencia de verdaderos *temps surcomposés* etc.)

La morfosintaxis del Sur se separa igualmente del estándar en no pocos fenómenos (posposición del posesivo; acusativo preposicional como en español; exclusión casi generalizada del subjuntivo y del perfecto compuesto etc.).

Resumiendo: el concepto de clasificación que se ha venido utilizando en los tratados tradicionales obedece a un criterio poco definido y muy voluble. Se creía, en otras palabras, que el rango de lengua pudiera equipararse al concepto klossiano de la *Abstandsprache* o *lengua por distanciaci3n*, entendiendo por distanciaci3n una suma algebraica de diferencias más o menos superficiales. Con el sistema

de clasificación de las *Abstandsprachen* el lingüista no puede trabajar con seriedad y a lo máximo puede alcanzar resultados aproximados. La clasificación cuantificadora es útil al dialectólogo románico, que estudia la formación y disgregación progresiva de haces de isoglosas en un *continuum* lingüístico que parte de Galicia para llegar a Bruxelles, Palermo o Kishinev en Moldavia. Las fronteras ficticias entre lenguas y dialectos dentro de este *continuum* son nada más que un espejismo. La variación predomina sobre la nivelación.

Llegando al final de este apartado cabe preguntarse: ¿significa todo esto que no hay posibilidad de clasificar las variedades lingüísticas sin recurrir a criterios sociológicos o de otro tipo? La respuesta es negativa: se puede trabajar en la clasificación estableciendo lo que desde Uriel Weinreich y los estructuralistas se llaman *diasistemas*, o sea en práctica grupos de variedades que presentan el mayor número de semejanzas y el mínimo de diferencias. Así p. ej. el diasistema sardo puro engloba al campidanés y al logudorés, pero excluye a los dialectos septentrionales de la isla, sasarés y galurés, en el mismo modo que excluye a los dialectos de las colonias catalana y genovesa. Lo que tiene de bueno el diasistema es que prescinde de raíces genealógicas y de presupuestos de otro orden, aunque la definición de pertenencia o exclusión pueda coincidir con la de derivación o no derivación de una misma base. Esto último sucede en el caso del corso, un subsistema bastante excéntrico, pero de todos modos perteneciente al diasistema toscano, dentro del cual hallan explicación la mayor parte de anomalías e idiosincrasias. Está claro que la reivindicación del estatus de lengua en el caso del corso no se puede apoyar en la ascendencia directa y peculiar del latín de la isla. Pero ello no implica que la validez de tal reivindicación, bajo otros aspectos, quede en entredicho. Para un francés el corso se encuentra tan lejos

como el vasco para un español (cfr. también el caso similar del *afrikaans* y de la base holandesa que originó tal lengua).

3. Lengua y planificación: un binomio inseparable

Hemos aprendido, creo, en los apartados precedentes que el plurilingüismo es una característica natural de todas las lenguas. El grado de variación que existe dentro de cada lengua, o mejor diasistema, puede ser más o menos significativo, puede afectar al eje vertical u horizontal, puede alterarse con el tiempo, pero una cosa es cierta, la ausencia de variación no es un hecho históricamente normal (y por ello caracteriza al esperanto de Zamenhof, al neoesperanto o ido, a la interlingua o al latino sine flexione de Peano, o sea a lenguas artificiales que admiten variaciones).

Hemos visto también que la clasificación escuetamente lingüística no nos conduce a ningún resultado positivo, pues lo que hoy es lengua socialmente reconocida fue ayer dialecto y lo que hoy está desclasado a dialecto se puede erigir en lengua mañana: en ambos casos la distinción interna, elaborada cuantitativamente o cualitativamente por el especialista no revela barreras insuperables ni verdaderas fracturas. Dentro de una familia lingüística no hay más que un *continuum*. Ciertamente esta imagen varía si se estudia el tipo lingüístico, pero en ese caso interés y resultados son distintos. El *néo-français* de Raymond Queneau o de Céline p. ej. puede representar ya un estadio tipológico nuevo, con un orden básico alterado (VSO o VOS, depende de cómo se analice), pero para la clasificación este nuevo tipo, si existe, no asume ninguna relevancia (la raíz latina sigue siendo la misma y la distanciación respecto de otros diasistemas subsiste).

Visto todo esto, no queda más que añadir al término

Abstandsprache o *lengua por distanciaci3n* el otro t3rmino de la pareja klossiana, la *Ausbausprache* o *lengua por elaboraci3n*. Como se pod3a suponer, la otra unidad ha nacido entre los polit3logos y los soci3logos (los que m3s tarde se han llamado sociolingüistas): Heinz Kloss, William Labov, Josuah Fishman, Harald Haarmann, Ulrich Ammon, Renate Bartsch, Einar Haugen, Josef Vachek, Zarko Mulj3c3c entre otros. El t3rmino AS fue acuñado por Kloss, pero nada nos impide trocarlo por otros sin3nimos. Lo importante es reconocer que el insoluble problema de la lengua ha pasado del plano puramente lingüístico al plano sociol3gico, estrat3gico. Y permítanme decirles que no podr3a ser de otro modo, pues desvincular la lengua de sus usuarios es como quitarle al hablante el mundo que lo rodea, anular la funcionalidad y el objetivo de tal instrumento de socializaci3n. Esta verdad sacrosanta ya la intuy3 perspicazmente el gran maestro de las claficaciones y de la dialectolog3a moderna, Karl Jaberg, cuando refiri3ndose al estatus del retorrománico suizo afirm3: "*Selbständig ist die Sprache, die dez Sprechende als selbständig empfindet*" ('aut3noma es la lengua, cuyos hablantes sienten como aut3noma'). Es m3s o menos la sentencia que expresa otro gran lingüista del pasado, Joseph Vendryes en su conferencia *La mort des langues*: "*Une langue meurt quand ceux qui la parlent n'éprouvent plus le besoin, le goût, la volonté de la parler. C'est un fléchissement de la volonté qui prépare la disparition de la langue. Une langue n'a pas de vie par elle-même*".

Ahora bien, pasar al plano de la pol3tica lingüística o mejor de la planificaci3n lingüística no significa dar un saltito en el para3so de las soluciones inmediatas y autom3ticas. Ya Haugen distingu3a razonablemente entre planificaci3n del corpus y del estatus. Una lengua elaborada, que se repute tal, tienen necesariamente que cumplir ambos

objetivos: debe ser s3lida y completa, aceptable para todos los hablantes, funcional en cualquier situaci3n, aplicable a todos los campos y estilos, el3stica pero severa en el filtraje de neologismos y extranjerismos; al mismo tiempo debe ser fijada en una norma, poseer una academia, instituciones de tutela y enseñanza, canales de difusi3n. Pero veamos detenidamente y con aplicaci3n a algunos de los casos enumerados antes, los criterios que caracterizan normalmente a una lengua segün la mayor3a de los sociolingüistas.

3.1. Car3cter superregional

Se admite generalmente que todo sistema que aspire a ser lengua debe lograr una m3xima difusi3n en la comunidad hist3rica en que se halla. En Italia ya se ha visto que tal preocupaci3n tiene ra3ces seculares y aün hoy los informes ISTAT y DOXA, equivalentes del FOESSA español, adjudican porcentajes de 6-10% de analfabetos y dialect3fonos en las provincias meridionales o menos industrializadas. Esta dificultad, en la propagaci3n y aceptaci3n de la lengua italiana fue uno de los temas m3s recurrentes en la famosa y eterna *questione della lingua*, que partiendo de Dante y pasando por Bembo y Trissino primero, y Leopardi despu3s, llega a Ascoli y Manzoni y no se ha concluido todav3a. Recuerdo r3pidamente las palabras de Manzoni, bastante clarificadoras para el tema que nos concierne: "*scegliere una di queste lingue, e accordarsi tutti gl'Italiani che non la possiedono per beneficio di nascita, a impararla, per scriverse in comune; dopo di ci3, diventerebbe cosa ragionevole il riservare a lei sola il nome di lingua, non per riguardo all'essenza, che, ripeto è uguale in tutte; ma per quella sua particolarit3 importantissima d'essere la sola da tutti gl'Italiani*".

El problema que se plantea para las lenguas estatales

no es despreciable y constituye un *topos* de la literatura científica. Convertirse en superregional implica demoler diferencias y reticencias, poseer una capacidad económica, política y legislativa reconocida por la comunidad de hablantes. Todas estas condiciones pueden faltar en las nuevas mini-comunidades que reivindican la autonomía, pues en ellas el código autónomo es simplemente el resultado de la historia comunitaria. Por ello el carácter superregional está implícito en las lenguas minoritarias. En Cerdeña se habla sardo en todo el territorio que históricamente es sardo y lo mismo sucede en el Friúl, en los valles dolomíticos, en Cataluña y Galicia. El problema subsiste allí donde la misma historia ha provocado un retroceso violento del código comunitario, desdibujando los límites originarios. En Aragón, en el País Vasco o en el viejo reino Astur-leonés el empuje del castellano ha mermado la compacidad de la comunidad histórica. Por consiguiente, la recuperación de la identidad comunitaria es prioritaria en aquellas zonas respecto a la imposición de un código superregional, el cual ya no se identifica con el habla de los habitantes.

3.2. Código de la gente culta y de la clase medio-alta

Otra condición aparentemente une a las lenguas de mayor difusión: el apoyo incondicional de la gente culta y de las clases económicamente más estables o potentes. Sabemos, a través de la historia, cuán importante es el hecho de que la clase burguesa o aristocrática retire o afiance su apoyo a la lengua elegida por un gobierno. Ahí tienen el caso paradigmático de la Valencia de los siglos XV-XVI. Y para el caso inverso les recuerdo las incesables peripecias de la lengua provenzal u occitánica (como hoy se prefiere) y su peligro de extinción a causa del desinterés de los intelectuales

y de la llamada *aliénation linguistique* de las clases dirigentes. Robert Lafont tiene mucha razón cuando, comparando la situación actual catalana y provenzal, constata con tristeza que el destino de aquella comunidad hispánica actual es infinitamente más feliz que el que espera a la comunidad hermana gálica y sostiene con ironía que esta diferencia se debe a que el eje económico y mitteleuropeo pasa por Barcelona y no por Béziers o Toulouse (y añade bromeando que hasta los japoneses prefieren invertir sus millones en el fértil e industrial Vallès que no en los campos desiertos de la Camargue). El aspecto económico no queda muy desvinculado del aspecto cultural, aunque personalmente soy proclive a evitar una comparación literal, puesto que la sociedad ha cambiado enormemente en los últimos 50 años y en este proceso las diferencias de clases se han diluido y el patrimonio de la cultura se ha extendido en modo horizontal y vertical por todas las capas de la sociedad (véase si no la nueva clasificación sugerida por Fabris-Mortara, que prescinde radicalmente de distinciones de clases y opta por una taxonomía basada en gustos y tendencias personales o de grupos: "*puritani, cipputti-trabajadores de fábrica-, conservatori, integrati, affluenti, emergenti, progressisti*"). No se puede negar, sin embargo, que la aspiración que ha llevado consigo la codificación de lenguas sobre la base de la norma culta continúe obrando hoy en la conciencia de lenguas minoritarias. El italiano y el español, en cuanto lenguas normalizadas, reposan sobre normas literarias o de la gente culta, y estos ejemplos valen como modelos. Con todo, es menester agregar que en el proceso de normalización de ambas lenguas no han faltado teorías contrarias y acérrimos detractores de una norma literaria. Sabemos, p. ej., que contra la pretensión de Bello, que daba por supuesto que el uso legítimo o norma era el de la gente educada y que (en palabras

suyas) "el hablar de ésta no es bueno con sólo ser practicado; tiene que acordarse con la tradición literaria", se alzaba la actitud de D. F. Sarmiento, el cual refutaba a Bello con finura: "La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por el otro: se le enseñará a conocer como se dice, pero ya se guardará muy bien de decir como le enseñan: el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse ni con reglas ni con autores".

El ejemplo del catalán es, a mi parecer, un modelo bastante ecléctico de conciliación de una norma literaria con el uso cotidiano, en el caso específico del barcelonés medio. También el caso del *landsmål* de Noruega, una norma totalmente popular y desligada del habla culta literaria, es importante porque demuestra la factibilidad de ciertas hipótesis anticlasistas. Para el futuro del sardo resulta asimismo importante que abogados, médicos y representantes de una clase culturalmente elevada se sirvan de la lengua de origen en sus relaciones. La lealtad lingüística (la *language loyalty* de Fishman) ha de empezar necesariamente por aquellas personas que el pueblo toma como ejemplo. En caso contrario se puede verificar un automático declasamiento de la lengua a mero *patois*, *Mundart* o peor aún *argot*, *slang*, *jerga*, si el desprecio por tal código conlleva su reclusión dentro de límites funcionales mínimos.

3.3. Invariabilidad

Indudablemente para que una lengua sea funcional a través del tiempo y del espacio es necesario que sea también invariable. La variación o falta de uniformidad es el enemigo número uno de toda aspirante a lengua. Ya Dante en su *Convivio* (I, 5, 7) reconoce que: "lo latino è perpetuo e non corruttibile, e lo volgare è non stabile e corruttibile". Y también

Josef Vachek, portavoz del Círculo Lingüístico de Praga, confiesa abiertamente que: "La première de (ces) qualités est la fixité, c.à.d. que la langue littéraire doit éliminer toutes fluctuations inutiles et qu'on doit former un sens linguistique sûr pour la langue littéraire". Por otra parte es justo reconocer que no existe lengua histórica codificada en el mundo que presente una total uniformidad. Como viene repitiendo Coseriu desde hace años lo normal es que toda lengua histórica refleje en su falta de invariabilidad el proceso de gestación. Así pues, no hay norma fija que no conceda equivalencias, alternancias, polimorfías. Y la rigidez de la norma escrita se disuelve gradualmente en la norma hablada, a pesar de los sufragios y de las doctrinas de los académicos. Claro que, a veces, la capacidad de resistencia de la norma dependerá del grado de dificultad que ésta encierra. Vean el ej. del francés escrito y la polémica actual sobre la revisión de la grafía, excesivamente compleja y alejada de la realización oral. Por lo que respecta a las nuevas lenguas de España e Italia, hay que reconocer que la mayoría de ellas ha logrado realizar en breve tiempo una norma estable, a veces en contraste con una situación de extrema fragmentación diatópica (el caso del batúa es quizá el más excéntrico). La fragmentación del *continuum* ha sido precisamente lo que ha impedido hasta ahora la formulación de una norma superregional en sardo.

3.4. Escritura

No es casualidad que la mayoría de los especialistas de lenguas minoritarias pongan la escritura en el primer lugar del elenco de condiciones que caracterizan a una lengua de cultura. El filólogo Richard Baum, escribiendo recientemente sobre lenguas altas (Hochsprachen) o de rango superior, ad-

judica a la escritura la función primaria de su conformación: una lengua sin escritura no llegará a convertirse en lengua de cultura permanente o será subordinada a otra lengua que posea un código escrito (o bien: *"Die Ausbildung und Entwicklung von Kultursprachen ist... eine Funktion ihrer Verschriftung"*). ¿Qué sabríamos hoy de ciertas lenguas prehistóricas, si no fuera por los restos epigráficos que nos han llegado? Del paleosardo o nurágico no sabemos casi nada, porque no nos ha sido transmitida ni siquiera una palabra escrita. Y los antropólogos americanos saben muy bien que para recoger una mínima huella de la cultura de ciertas tribus, tienen que correr a entrevistar a los últimos o al último de los representantes vivos de ellas. Por todo esto no puede asombrarnos la rapidez (en ciertos casos excesiva) con que algunas comunidades autónomas han creado un código escrito. Lo escrito, a diferencia de lo hablado, cumple con las condiciones ya mencionadas de invariabilidad y máxima difusión, cosa que garantiza una funcionalidad precisa dentro de la comunidad y que constituye un paso preliminar para la imposición a través de la escuela o de los medios de comunicación o para su elaboración futura. Bembo, si bien desde otra óptica, había aconsejado razonablemente que: *"La lingua delle scritture... non dee a quella del popolo accostarsi, se non in quanto, accostandovisi, non perde gravità, non perde grandezza; ché altramente ella discostare se ne dee e dilungare, quanto le basta a mantenersi in vago e in gentile stato; e viemmi talora in opinione di credere, che l'essere a questi tempi nato fiorentino, a ben volere fiorentino scrivere, non sarà di molto vantaggio"*.

Es interesante notar que la exigencia de la escritura va acompañada en Leopardi (otro gran poeta) por la inseparable necesidad de preveer diferencias estilísticas en el lenguaje escrito, una visión ésta que ha sido defendida en

tiempos recientes sobre todo por estudiosos de países socialistas; la lengua escrita debe pues... *"(di) dividersi totalmente dal volgo e dalla favella parlata, e (di) non essere popolare, e (di) variar tono a piacer suo e (di) essere energica, nobile, sublime, ricca, bella, tenera ognivolta che le piace"* (y confróntese el §3 de la lista de valores de Fedot Petrovič Filin en *Die Literatursprache als historische Kategorie, 1977: stilistische Differenziertheit*).

Encontrar el modelo justo de lengua escrita es cometido arduo, que exige la colaboración de especialistas solventes y de conocedores de la lengua de primera calidad. Pero lo que se revela esencial es su aceptación por parte de la comunidad de hablantes en su globalidad. Una lengua escrita poco funcional y aceptada de mala gana es como si no existiera, está condenada a yacer en los cajones de bibliófilos. Es lo que ha sucedido p. ej. con la propuesta de Mistral y con su obra *Mirèio*. Es quizá el peligro que corre hoy el aragonés, con su fisonomía poco clara, más bien artificial y exuberante, entretejida de retazos de hablas arcaizantes. Es también lo que ocurre con los habitantes de las franjas francoprovenzal y provenzal de Italia, que en caso de necesidad recurren al francés y no a las hablas rústicas de los valles.

3.5. Codificación

Habiendo discutido los criterios de fijación y escritura no será difícil comprender por qué toda lengua desea obtener una normalización codificada. Dentro del programa de planificación de la lengua establecido por Haugen se reserva un lugar particularmente relevante a la elaboración de un código escrito. Y debo añadir, por experiencia personal, que ésta es sin duda alguna la fase más compleja de la entera

problemática en torno a la lengua. Esta fase se articula en tres etapas, diferenciadas en general en el tiempo y en la dificultad que encierran. La primera etapa es la que mayores polémicas engendra: se trata de la normalización ortográfica. Que no sea tarea fácil ni de importancia marginal lo demuestra el ejemplo ya comentado de la ortografía francesa. El criterio clave es, a mi parecer y como muestra la historia, la funcionalidad del código. Lo que equivale a decir un inventario máximamente simplificado (con eliminación de posibles grafemas para los alófonos o variantes condicionadas) y coherente en su estructura formal. Y, créanme, aunque parezca asunto fácil, no lo es porque por desgracia el proceso de selección de la norma escrita está permeado de veleidades que no tienen nada que ver con la lingüística. A mi juicio se expresó con acierto Žarko Muljačić, uno de los mayores expertos de estos problemas, cuando condenó sin rodeos la propuesta gráfica de los defensores de la mítica *lingoa veneta*, subrayando que: *"si ritiene necessario che l'indipendenza anche grafica si imprima nella mentalità della gente, contribuendo a far pensare che le parlate minori non sono un italiano corrotto e da strapazzo, ma delle forme espressive tipiche e degne di rispetto, e si ritiene che la sudditanza psicologica rispetto alla lingua dominante passi anche attraverso l'adozione della sua grafia"*. En definitiva, lo que debería ser escueto cometido lingüístico se convierte en asunto político, perdiéndose por consiguiente la neutralidad de la operación. Y ahí tienen Vds. el ejemplo friulano, que tras años de polémicas y fracturas ha conseguido su codificación gráfica gracias a la ayuda externa de un juez imparcial, el colega catalán Xavier Lamuela. En Cerdeña la situación es aún peor, pues las posiciones entre grupos locales independentistas, a veces minúsculos y doctrinas pseudo-políticas difundidas por quien no tiene la capacidad científica para discernir lo funcional y práctico de lo caótico son tan contradictorias,

que cualquier tentativa de pacificación está condenada a priori al fracaso. En ese caso, muy peculiar en la Rumania, juega un papel importante la imposibilidad práctica de crear un código único, verdaderamente artificioso y por ello mismo inaccesible a los hablantes; las dos variantes principales del diasistema sardo, el logudorés y el campidanés, se han alejado demasiado del punto en común que representaba la lengua medieval y la distancia que las separa, que en algunos casos llega a ser tipológica (sistemas fonológico y verbal distintos; sintaxis diferenciada), no permite en absoluto una falsa unificación. La gramática es, pues, la segunda etapa de la codificación, el segundo escollo que hay que evitar. El tercero es el léxico, pero éste no representa en verdad un gran problema, ya que todas las alternativas presentes dentro del sistema pueden ser consideradas geosinónimos, o sea sinónimos perfectos y utilizables libremente por los usuarios. Es un modo como otro de enriquecer la lengua gracias a la fragmentación interna. En Cataluña se ha ido más allá y se ha logrado también una libertad variacional en el campo de la gramática e incluso de la fonética (de manera que se puede leer en revistas, libros y periódicos la 1ª persona del presente indicativo del verbo *cantar* en tres —o más— formas distintas: *canto*, *cante* —val.—, *cant* —balear). En mi propuesta de codificación del sardo he apuntado igualmente a tal posibilidad, que permitiría una mayor riqueza formal y estilística. Una codificación o estandarización múltiple, pero bastante ecléctica, es la que se ha impuesto en los valles dolomíticos (al menos en tres de ellos), donde se enseña ya a leer y a escribir en las escuelas.

3.5. Elaboración

El último (en mi lista) de los criterios válidos para

el logro de una norma estable es el de la elaboración. La elaboración corresponde, en la concepción de H. Kloss, a la superación de barreras funcionales y al máximo de la difusión de un código. Una lengua es elaborada (AS), cuando en ella no se escriben solamente poesías, sino también libros de medicina, química, lingüística y cuando se utiliza en la expresión cotidiana, cualesquiera fueren las finalidades o los niveles de dificultad. La máxima elaboración se ha logrado, que yo sepa, en catalán y gallego; en una fase incipiente se encuentran otras neo-lenguas, como el ladino o el aragonés; y en una etapa intermedia parecen hallarse en cambio el friulano, el vasco y por lo que puedo juzgar, el asturiano. En sardo, y sin el auxilio de las instituciones, se han publicado recientemente periódicos, libros de narrativa e incluso una revista de lingüística (*Limbas*). Pero queda muchísimo por hacer. Para empezar, promover escuelas de enseñantes, como las que hay en Cataluña, de las que puedan salir personas competentes en la especialización de la didáctica del sardo. En segundo lugar, hace falta introducir el sardo en la radio y en la televisión. Pero lo más importante, aunque lo cite por último, es mejorar o curar la desgastada conciencia de muchos hablantes, que consideran erróneamente que el empleo de la lengua natal les puede penalizar en la carrera o en la vida pública. Ello explica por qué el sardo ha quedado relegado en muchos casos a las relaciones familiares o entre amigos o que se utilice con finalidades cómicas en los chistes e historietas. Mal asunto ése, cuando un sistema lingüístico viene refuncionalizado y transformado en *jerga* o subcódigo (subestándar). Ahí empieza su decadencia que lleva a la extinción. Por esto yo creo que todo programa de elaboración debe comenzar por la escuela y en familia, de tal manera que el clima cultural de rehabilitación se extienda rápida y profundamente. Y debe seguir necesariamente una congrua

obra de legislación, que en general falta en muchas autonomías italianas (el proyecto de ley unificado para todas las lenguas minoritarias se encuentra bloqueado desde hace años en las comisiones del senado).

4. Conclusiones

El panorama, ciertamente fragmentario, que les he ofrecido arroja una imagen homogénea de la nueva Romania de hoy. Junto a lenguas estatales que gozan de óptima salud, de robusta tradición literaria y sólido apoyo de los hablantes, han brotado por doquier nuevos sistemas lingüísticos, ya conocidos por los especialistas desde hace tiempo, que exigen un estatus nuevo: el rango de lenguas. En algunos de estos casos, los mismos lingüistas, ya desde principios de siglo, habían reconocido el carácter específico de *Abstandsprachen* y habían visto que aquellos sistemas poseían una rica literatura, así que su elevación al rango de lenguas no comportaba ningún trauma. Así ha sido para el catalán y para el gallego, que pueden reivindicar una tradición literaria conocida en todo el mundo. Del mismo modo el reconocimiento del vasco, del provenzal o del sardo en cuanto diasistemas aparte no ha creado problemas y ambas lenguas figuran en todas las clasificaciones en lugares autónomos. ¿Puede hablarse en todos estos casos de sistemas privilegiados, de niños mimados de la filología románica? Yo creo que no. Que sea suficiente obrar con conciencia y rectitud para darse cuenta de que no cabe discutir más sobre el carácter intrínseco de lengua que estos sistemas poseen. Y séame permitido recordar que en todos los casos enumerados ya los lingüistas más acreditados, españoles, alemanes, franceses, italianos, han llegado por caminos independientes a los mismos resultados. Que en las respectivas comunidades donde estas lenguas han florecido

antaño y florecen aún hoy los usuarios se hayan topado con resistencias de otro orden, no ha menoscabado lo más mínimo la decisión expresada por los especialistas.

Los demás casos son más complicados, precisamente por el hecho, que pocos han subrayado, de que falta la unanimidad no tan sólo de los políticos, sino de los lingüistas y especialistas, que casi siempre (digo *casi*) son neutrales, e incluso falta el apoyo incondicional de los mismos hablantes de las respectivas comunidades. Yo soy un amante de las culturas menos conocidas y me atrae más lo recóndito, anómalo y casi extinguido, en suma lo que huele a pretérito anterior, que lo que es superconocido, universal o anticipador del futuro próximo. Participo, por tanto, de la preocupación de Claude Lévi-Strauss cuando amargamente deplora que *"las culturas indígenas se desintegran más rápidamente que los cuerpos radioactivos"*. Y me place como las reivindicaciones a que aludíamos antes han otorgado nuevo vigor al estudio y a la recuperación de aquellos aspectos de la cultura que habían quedado encerrados en las palabras que estaban muriendo.

Todo esto, para concluir, es lo que me entusiasma de este nuevo clima cultural que se está abriendo ante nuestros

ojos. Menor entusiasmo y total ausencia de interés despierta en mí, en cambio, la contradicción legada a varias de estas nuevas lenguas, consistente en exigir a sus usuarios la renuncia de aquel otro bien cultural, inmensamente superior y funcional, que es la lengua de estado. Un sardo no debe abandonar el italiano para salvaguardar su lengua materna. Ni es coherente la propaganda subversiva que habla de colonización lingüística (el título de Calvet) por parte de las lenguas estatales en comunidades que desde siglos han asimilado por vías múltiples la lengua estatal. El concepto herderiano de nación aplicado con excesiva desenvoltura al espíritu autonomístico puede acarrear más daño de cuanto uno se imagine. Estoy convencido de que los actuales impedimentos de realización de lenguas autónomas desaparecerán por sí solos, cuando se dejen de lado las tendencias extremistas y poco realistas. Nadie puede decirnos cómo será el año 2000: quizá se hablará sólo el inglés; pero quizá también junto al inglés y a las lenguas estatales que hoy conocemos, los pueblos del mundo estarán orgullosos de poseer otras lenguas que coexistirán en perfecta armonía con las primeras y que incluso enriquecerán aquéllas. Esperemos que así sea.

Universidad de Munich

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA SELECTA

- Ammon, U. (1986): *Explication der Begriffe Standardvarietät und Standardsprache auf normtheoretischer Grundlage*, en Holtus, G. - Radtke, E. (eds.), *Substandard I*, Tübingen (M. Niemeyer): 1-65.
- Ancillotti, A. (1988): *Elogio del variabile*, Milano (Guarini).
- Ashworth, G. (ed.1987): *World Minorities*, 3 vols., Sunbury (Middx. VK).
- Bartsch, R. (1985): *Sprachnormen. Theorie und Praxis. Eine normtheoretische Untersuchung von Sprachen und Sprachverhalten*, Tübingen (M. Niemeyer).
- Baum, R. (1987): *Hochsprache-Literatursprache-Schriftsprache. Materialien zur Charakteristik von Kultursprachen*, Darmstadt (Wissenschaftliche Buchgesellschaft).
- Blasco Ferrer, E. (1984): *Storia Linguistica della Sardegna*, Tübingen (M. Niemeyer).
- (1984a): *Grammatica storica del catalano e dei suoi dialetti con speciale riguardo all'algherese*, Tübingen (G. Narr.: 2. edición revisada en prep.).
- (1986): *La Lingua Sarda Contemporanea*, Cagliari (Della Torre).
- (1988): *Le Parlate dell'Alta Ogliastra*, Cagliari (Della Torre).
- (1988a): Recensión a: Gisela Framke, *Im Kampf im Südtirol* (1987), en *Archivio per l'Alto Adige* 82:335-339.
- Born, J. (1983): *Domänen und Attitude in den ladinischen Dolomiten-tälern*, en P.H. Nelde (ed.), *Theorie und Modelle der Kontaktlinguistik*, Bonn (Dümmler): 259-273.
- Bosson, G. (1979): *Sprachausbau und Sprachpolitik in der Romania*, en R. Kloepfer et al. (eds.), *Bildung und Ausbildung in der Romania, II: Sprachwissenschaft und Landeskunde*, München (Fink): 491-503.
- Büttner, T.H. (1984): *Die Sprache-Dialektuntersuchung in multinatio-nalen Gesellschaften*, en *Navicula Tubingensis, Studia in honorem Antonii Tovar*, Tübingen (G. Narr): 63-73.
- Covarrubias, J. - Fishman, J.A. (eds. 1983): *Progress in Language Planning. International Perspectives*, Berlin-New York-Amsterdam (Mouton).
- Dantone, Fl.M. - Zanoner, P.-D. (1979²): *Mia parlèda-mia parlada*, Vigo di Fassa (Istituto Culturale Ladino).
- De Mauro, T. (1977): *Il plurilinguismo nella società e nella scuola italiana*, en L. Renzi - M.A. Cortelazzo (eds.), *La linguistica italiana oggi: un problema scolastico e sociale*, Bologna (Il Mulino): 113-127.
- (1979,1986): *Storia Linguistica dell'Italia Unita*, Roma (Laterza).
- (1987): *L'Italia delle Italie*, Roma (Editori Riuniti).
- Dittmar, N. - Schlieben Lange, B. (eds. 1984): *Die Soziolinguistik in romanischsprachigen Ländern*, Tübingen (G. Narr).
- Fabris, G.P. - Mortara, V. (1985): *Le otto Italie. Dinamica e frammentazione della società italiana*, Milano (Mondadori).
- Fodor, I. - Hagège, Cl. (eds. 1983): *Language Reform. History and Future*, Hamburg (Buske).
- Formigari, L. - Lo Piparo, F. (eds. 1988): *Prospettive di storia della linguistica, con prefazione di Tullio De Mauro*, Roma (Ed. Riuniti).
- Galli de Paratesi, N. (1985): *Lingua toscana in bocca ambrosiana. Tendenze verso l'italiano standard: un'inchiesta sociolinguistica*, Bologna (Il Mulino).
- Gensini, S. (1987): *L'identità dell'italiano. Genesi di una semiotica sociale in Italia fra Sei e Ottocento*, Bergamo (Marietti).
- Haarmann, H. (1977): *Aspekte der Arealtypologie. Die Problematik der europäischen Sprachbünde*, Tübingen (G. Narr).

- (1980): *Multilingualismus. Elemente einer Sprachökologie*, 2 vols., Tübingen (G. Narr).
- Haugen, E. (1983): *The Implementation of Corpus Planning. Theory and Practice*, en Covarrubias-Fishman (eds.): 269-289.
- Heilmann, L. (1983): *Aspetti e problemi grafici del ladino fassano. Considerazioni sociolinguistiche*, en Corona Alpium, Miscellanea in onore di C.A. Mastrelli, Firenze (IAAA): 219-230.
- Holtus, G. (1987): *Zur Sprach- und Wortgeschichte von "latino" und "volgare" in Italien*, en Dahmen, W. et al. (eds.), *Latein und Romanisch. Romanistisches Kolloquium I*, Tübingen (G. Narr): 340-355.
- INF AST (1987): *Informe so la llingua asturiana*, Uviéu (Academia de la Llingua Asturiana)
- INF VAL (1978): *Informe sobre la llengua valenciana*, València (Universitat de V.).
- Juárez, A. (ed. 1988): *Las lenguas románicas españolas tras la Constitución de 1978*, Granada (ed. TAT).
- Kloss, H. (1978²): *Die Entwicklung neuer germanischer Kultursprachen seit 1800*, Düsseldorf (Schwann).
- Kramer, J. (1978): *Ideologie und Orthographie. Zur Verschriftung des Rumänischen-Moldauischen, Katalanischen und Neuprovenzalischen*, *Balkan-Archiv* 3: 129-158.
- Kremnitz, G. (1982): *La sociolinguistique dans les Etats français et espagnol*, en Dittmar-Schlieben Lange (eds.): 13-29.
- Lafont, R. (1967): *Sur l'aliénation occitane*, *Le Fédéraliste* 9:107-138.
- Lamuela, X. (a.c.d. 1987): *La grafie furlane normalizade*. Udine (Amministrazione Provinciale).
- Lamiquiz, V. (1987): *Lengua española*, Madrid (Ariel).
- López García, A. (1985): *EL rumor de los desarraigados: conflicto de lenguas en la Península Española*, Barcelona (Anagrama).
- Muljačić, Ž. (1983): *Tipi di lingue in elaborazione romanze*, *Incontri Linguistici* 7:26-31.
- (1985): *Romania, Germania et Slavia: parallelismi e differenze nella formazione delle lingue standard*, en *La formazione delle lingue letterarie* (Atti SIG), Pisa (Giardini): 39-57
- Murru Corrigan, G. (ed. 1977): *Etnia, Lingua, Cultura. Un dibattito aperto in Sardegna*, Cagliari (Edes.).
- Nocentini, A. (1983): *Le lingue d'Europa*, Firenze (Elite).
- Pizzorusso, A. (1981): *Le minoranze linguistiche in Italia. I problemi costituzionali*, *Quaderni Sardi di Storia* 2:19-27.
- (1983): *Minorities i grups ètnics i lingüístics a Itàlia: perspectives de tutela*, en *Ordenació Legal del Plurilingüisme als estats contemporanis*, Barcelona (Consell Consultiu de la Generalitat de Barcelona) :11-29.
- Salvador, G. (1987): *Lengua española y lenguas de España*, Madrid (Ariel).
- Salvi, S. (1978): *Patria e Matria. Dalla Catalogna al Friuli, dal Paese Basco alla Sardegna. Il principio di nazionalità nell'Europa contemporanea*, Firenze (Vallecchi).
- Sarmiento, R. (1986): *The Grammatical Doctrine of the Real Academia Española (1854)*, en Quilis, A. - Niederehe, H.J. (eds.), *The History of Linguistics in Spain*, Amsterdam (J. Benjamins): 231-263.
- Weinreich, U. (1954): *Is a Structural Dialectology possible?*, *Word* 10:388-400.